

# EL UNIVERSO DE «ABADDON, EL EXTERMINADOR»

A Carlos Morales

## 1. LAS HERIDAS LUMINOSAS

Semejante al señor Bloom, pero en otro nivel, el señor Sábato inicia su desventurada, reveladora y catártica odisea, a lo largo de una sola jornada, justamente la tarde aquella en que *no se siente bien*: día de hervidero metafísico, de lucidez satánica, de locura resplandeciente, de lacerante necesidad de amor; día en que, como el cazador que se prepara para una larga persecución incierta, sin más referencias que las huellas de un monstruo desconocido que ha provocado estragos sobre la población del mundo, aprieta los dientes y decide ir hasta el final o perecer.

Todo indica una última aventura.

Lo veo una vez más, de pie, frente a un desierto de sombras pero sin límites, y me parece que su guardapolvo blanco es el mismo que usaba cuando hace unos años, ya muchos, cruzaba la plaza de Rojas para dirigirse a la escuela. Se mueve, comienza a caminar.

¿No había realizado ya este viaje en *Sobre héroes y tumbas*?

Malherido, insatisfecho, después de contemplar con una sonrisa a Martín que se aleja con Bucich en su camión, ha regresado. Aquí está ahora. Durante años, aun sin saberlo, ha acumulado provisiones. Al momento de lanzarse no son muchas: la decisión casi suicida de arrojarse a la ficción como un personaje más (lo que lo hace temible a la par que vulnerable), la perspectiva *total* del oscuro campo de cacería (mejor dicho la voluntad de recorrerlo palmo a palmo), y la carga de explosivos acumulada a presión, destinada a dinamitar, en un mundo que cruje, las bases traidoras de los absolutos.

Una novela como *Abaddón, el exterminador*, por encima de los apellidos apocalípticos que le han sido asignados, y los que podemos hallar a lo largo de este breve estudio, constituye en primer término, desde la perspectiva de un escritor en relación con su obra, un acto de sadomasoquismo, de regeneración y santidad: un intento quizás único en la literatura por observarse como escritor y buscar una jus-

tificación, no ya de su obra (en una indagación ética cuya dosis de orgullo se neutraliza con la humildad más pura) sino una justificación del mundo mismo donde el escritor implantará su obra como testimonio y voz de aliento.

A primera vista el término *revisión* pareciera el más indicado, pero como supondría una conceptualización, mejor dejarlo fuera. Sábato ha debido respirar cada una de sus diversas encarnaciones, y de una manera que merece destacarse por el esfuerzo que supone. Si todos los personajes son una partícula del alma del autor, el personaje Sábato, de *Abaddón*, en contacto con sus porciones, que juntas forman un todo, opone *su* todo lanzándose contra la fuerza que supone la concentración en cada una de aquellas porciones. Rectifico: no es un «personaje más»: es una totalidad enfrentada a otra totalidad. Y si él formaba parte de la primera, ahora se ha separado: mira a la otra, y la otra lo mira a él. La tensión es devastadora. *Abaddón* actúa como si los átomos de una molécula se volvieran contra ésta que, a su vez, hace lo posible por acondicionarlos y, a un tiempo, darles la libertad.

Sábato no se conforma con bucear hasta las profundidades de sus criaturas. El mundo de la ficción, salido del corazón y de la mente de un escritor, su galería de fantasmas y obsesiones, la visión del mundo y el dolor de la clarividencia, no le bastan. Quiere dar un paso más. Quizás aún piensa que ha vivido de tanteos (no sólo metafísicos sino literarios). Está demasiado solo y aspira a convertirse en una suerte de Pígameo. Su alma ha seguido *aguantando* «en esa turbia y superficial existencia que los torpes llaman *realidad*». Está, en consecuencia, más solo que sus personajes; ha permitido que la verdad de ellos supere la suya propia. Pero como ellos también forman parte de su verdad, el asunto va más allá de la tesis pirandelliana.

Su sentido de absoluto sigue refugiado en alguna parte de su ser. Entonces decide realizar un acto supremo, totalizador (¿el último?): escribe *Abaddón, el exterminador*. Todo aquello que antes lanzó de adentro hacia afuera creando un mundo de personajes e infortunios, con modestas cuotas de piedad y esperanza, regresarán ahora atraídos por una aspiración mortal y definitiva del escritor. Quiere rendir cuentas y, al mismo tiempo, que se las rindan a él. Entonces repite algunas cosas que ya sabíamos, con la diferencia de que en esta hora está presente; es actor. Ya no ejecuta únicamente: se convierte en instrumento. Como en el teatro, y por estar Sábato vivo dentro de la novela, se consume a medida que se hace. Sabe que este juego es peligroso porque la *acción* (el drama), al involucrarlo, lo convierte en un elemento trágico, es decir, fatal. No hay epifanías que valgan; nada lo detiene. El destino se presenta entonces como miserable, pero

en esta miseria estriba asimismo su grandeza, puesto que aquella idea y aquella sangre poseen ahora, además, un cuerpo concreto (en la vida y en la ficción) por donde circular.

Si Martín, sentado en el parque Lezama (¡cuánta sangre ha corrido desde aquella época! ¡Cuántos cadáveres al borde del camino!) había recibido la visita de Alejandra, ahora será el propio Sábato, sentado en el mismo banco, frente a la estatua de Ceres, quien al comenzar a meditar sobre su vida entera, oirá una voz de mujer llamándolo con timidez; una joven que, al fin y al cabo, es consecuencia dramática de Castel, de Alejandra, de Fernando; algo así como una tercera generación en desventura que Sábato desea tener cerca para salvar. La primera generación pertenece al propio Sábato, la segunda transita por su obra. Aquí está la tercera, esta muchacha que no conocíamos, resultado también de los héroes y las tumbas, como otros personajes jóvenes de los que ya hablaré. También vuelven los «viejos» al cabo de los años; se le *presentan*. Alejandra de noche, envuelta en llamas, a recordarle que su misión es escribir aun en contra de todas las potencias que se oponen cada vez que quiere hacerlo. Martín también, y Castel. Y hasta D'Arcángelo (¡Ah, Tito, quizás eras uno de los que más extrañaba!)

Nunca las fuerzas dialécticas de un creador han sido expuestas en términos tan rotundos. Sábato encontró algo más que una forma de llevar a cabo esta lucha constante; encontró un método. Como decir que halló, en un raptó casi de locura, la llavecita del infierno.

En una de las tantas cartas que intercambiamos durante estos años, cuando yo aún ignoraba el contenido de *Abaddón*, Sábato me confesaba hacia finales de 1972:

Yo aquí inmovilizado una vez más con la gota, y apenas si me puedo sentar cerca de la máquina para escribir unas pocas líneas. Esto se está haciendo ya crónico, por desgracia, y no sólo es terriblemente doloroso, sino que me hace perder semanas y semanas, aparte de la depresión espiritual que me acarrea. Esperaba terminar mi novela este fin de año (usted sabe que creo profundamente en los símbolos), pero una vez más me ha sido imposible. No porque la novela sea enorme (será más corta que *Héroes*), sino porque es la obra más extraña que yo haya imaginado, y lo creo seriamente, una de las más extrañas que jamás se hayan escrito. Por eso me detiene la incertidumbre. Siempre he sido autodestructivo, pero en este caso la propensión llega a la catástrofe.

Si Sábato es *Abaddón*, también es el personaje más insignificante expuesto a la furia del Ángel de la Muerte. Al abrir el pecho a las